**Vaticano II y sinodalidad: una respuesta amistosa a Joan Chittister**

*El riesgo de expectativas poco realistas e impacientes sobre el proyecto del Papa Francisco para reformar la Iglesia Católica*

Estamos a solo unos meses de la asamblea de octubre de 2023 del Sínodo sobre el " proceso sinodal ". Una segunda asamblea está programada para octubre de 2024. Ambas se llevarán a cabo en el Vaticano. El documento de trabajo de esta primera asamblea se dará a conocer a la prensa el 20 de junio y se espera también que próximamente se conozcan los nombres de quienes participarán en el encuentro de octubre próximo.

Este es un momento trascendental en la vida de la Iglesia y las expectativas de muchos católicos son muy altas: en cierto modo son comparables a las de un cónclave para elegir un nuevo Papa, seguramente no a las de asambleas anteriores del Sínodo de los Obispos.

Mirando hacia atrás desde una perspectiva histórica, cuando tratamos de descifrar tales expectativas para el proceso sinodal y, en el largo plazo, la sinodalidad, un término de comparación inmediato y natural es el Concilio Vaticano II. Joan Chittister, la conocida hermana benedictina y autora de los Estados Unidos, aborda exactamente este tema en una columna publicada el 9 de junio en National Catholic Reporter . Ella mira la relación entre la sinodalidad y el Vaticano II, no en lenguaje o conceptos teológicos, sino en términos de resultados. El título, "Nada cambió realmente después del Vaticano II. Pero la sinodalidad puede marcar la diferencia", captura el argumento que Chittister intenta presentar.

"Cualesquiera que los cambios que la gente había querido del Concilio Vaticano II de 1962-65 parecían informes, silenciosos, perdidos en el bullicio de una iglesia ocupada congelada en una mente medieval. En cambio, después de 400 años sin un concilio de reforma , el Los tipos de cambios que la gente esperaba de este consejo aún estaban en Roma, secándose en tinta húmeda allí y siendo ignorados en gran medida aquí", dice Chittister.

**Sinodalidad: ¿el vehículo que finalmente entrega?**

Ella culpa a Juan Pablo II, Benedicto XVI y los obispos por no implementar el Concilio Vaticano II, pero argumenta que el socavamiento del concilio comenzó incluso antes de que estos dos papas comenzaran a hacer nombramientos episcopales:

Los obispos de todo el mundo que asistieron al Concilio Vaticano II votaron a favor de todos sus documentos, pero una vez de vuelta en tierra natal, muchos simplemente los ignoraron, por eso. Más concretamente, pocos sacerdotes, si es que hubo alguno, enseñaron los documentos del concilio a sus congregaciones. Pocos sacerdotes, si es que hubo alguno, admitieron que ellos mismos tampoco se habían molestado en leer los documentos. Oh, algunas iglesias rediseñaron sus confesionarios y algunas más quitaron los rieles del altar, pero en realidad, aparte de eso y el cambio a la lengua vernácula en todos los eventos litúrgicos, no sucedió mucho. La mayoría de los cambios fueron escaparates. Pero Chittister dice que la sinodalidad puede ser el vehículo que finalmente produzca todos los cambios que el Vaticano II prometió pero nunca entregó.Esta vez, el Papa Francisco está haciendo que los propios fieles se conviertan en parte del proceso de elaboración de la agenda incluso antes de que se reúna el sínodo. Los laicos han sido invitados a la teología intelectual de la iglesia en lugar de estar simplemente preparados para traer una preocupación piadosa al evento. Esta vez, se ha considerado que los laicos mismos determinarán qué temas deben considerarse: sacerdotes casados, género, teología del matrimonio, igualdad, mujeres sacerdotes, lo que sea. Se les permitirá hablar a lo que el 99% de la iglesia en lugar del 1% de la iglesia, sus clérigos, permitan que se escuche.

**Equivocado y engañoso desde un punto de vista histórico y teológico**

Tengo el mayor respeto por Joan Chittister. No muchos han hecho lo que ella ha hecho para mantener vivas las trayectorias del Vaticano II. Ha cambiado muchas vidas para mejor. También experimenté de primera mano la cálida acogida de su comunidad religiosa, las Hermanas Benedictinas de Erie (Pennsylvania), cuando me invitaron a hablar sobre el Papa Francisco hace unos años.

Chittister hace una serie de puntos válidos: las decepciones sobre el ecumenismo, el rechazo del papel de la mujer en la Iglesia, la ausencia de una vida ministerial laica en muchas de nuestras iglesias. Mucho de esto es dolorosamente cierto en muchos lugares, especialmente en los Estados Unidos. Al mismo tiempo, su lectura del Vaticano II (al menos como lo describe en su último artículo) es profundamente errónea y engañosa tanto desde el punto de vista histórico como teológico. Esto conlleva serios riesgos a medida que nos acercamos a un momento clave en el "proceso sinodal".

Históricamente, el concilio cambió el catolicismo, a pesar de las deficiencias en su implementación. Es una imagen muy complicada, y aún se está dibujando: lo que funcionó y lo que no funcionó a escala global; diferentes etapas en la recepción del consejo en diferentes partes del mundo (o incluso en el mismo país); fracasos que no pueden atribuirse únicamente al papado o al clero; el lapso de tiempo necesario para medir los efectos de un concilio como el Vaticano II.

**Un enfoque excesivo en un conjunto limitado de problemas.**

La impresión generalizada desde el punto de vista angloamericano es que, si bien el Vaticano II cambió la relación del catolicismo con otras denominaciones cristianas, religiones mundiales y el mundo secular, no logró cambiar fundamentalmente la dinámica interna de la Iglesia y las estructuras institucionales de poder.

Pero el Vaticano II también cambió la Iglesia internamente, desde un punto teológicode vista, en formas que ahora a menudo minimizamos o damos por sentado. El simple veredicto de que el Vaticano II fue un fracaso es, en cierto modo, la otra cara de los argumentos de los católicos neoconservadores y neotradicionalistas en Estados Unidos. Ambas partes ponen un enfoque excesivo en un conjunto limitado de temas y desdeñan lo que significó el concilio para los católicos de otros países e incluso para muchos católicos estadounidenses.

Teológicamente, la pregunta no es, en mi opinión, si el concilio todavía necesita ser implementado y, en algunos temas, aumentado. El Vaticano II tuvo lugar hace sesenta años y el propio magisterio papal se ha basado en sus enseñanzas de manera innegable, a veces yendo más allá de la letra del concilio. La pregunta es cómo la sinodalidad puede retomar el hilo del Vaticano II, junto con las dimensiones jerárquicas y colegiales en la vida de la Iglesia. Una Iglesia sinodal redefinirá los jerárquicos y los colegiales aspectos, no eliminarlos. Esta forma renovada de catolicismo es todavía en parte amorfa. Está tomando forma ante nuestros propios ojos, y no hay un guión canónico o eclesiológico claro que debamos seguir. Pero sabemos que hay una brújula para este viaje, y es el Concilio Vaticano II, no solo lo que sus documentos dijeron (o no dijeron), sino también lo que la recepción del Vaticano II nos ha enseñado desde 1962 hasta nuestros días. día propio

**Preparándose para el largo plazo**

A una lectura dada de lo sucedido en el Vaticano II y sus efectos corresponde un conjunto de expectativas desde la sinodalidad. Es probable que aquellos que ven el consejo como una decepción o una revolución fallida busquen una recreación de esa revolución. Pero eso es aún más imposible hoy que entonces. En el lado opuesto, quienes, con cierta dosis de Schadenfreude , ven la situación actual de la Iglesia Católica en el Occidente secularizado como evidencia del fracaso del Vaticano II, es probable que aprovechen esta oportunidad para tratar de abrogar los desarrollos de enseñanza conciliar, a partir de la reforma litúrgica.

Si vemos el concilio como un fracaso, y la sinodalidad como una oportunidad para reparar ese fracaso (o peor aún, para vengarlo), entonces seguramente fracasaremos. La sinodalidad puede cambiar la Iglesia, pero no de la noche a la mañana. No es probable que la asamblea del Sínodo del próximo octubre, la primera de las dos sobre la sinodalidad, tome decisiones innovadoras. Debemos estar preparados para el largo plazo.

En una Iglesia que se ha convertido en una parte integral del mundo del espectáculo de los medios de comunicación, el manejo de las expectativas se ha vuelto mucho más importante que antes. También se necesita discernimiento para las expectativas, y esto es mucho más difícil, porque su dinámica es muy diferente a la de una conversación espiritual en un encuentro sinodal.

Las expectativas en torno a la sinodalidad son un tema delicado por otra razón. Cuando Juan XXIII murió en junio de 1963, los cardenales eligieron a Pablo VI precisamente porque estaba a favor de continuar y completar el concilio de Juan. Pero si demasiados de los cardenales electores actuales están asustados o alarmados por el Sínodo sobre la sinodalidad, pueden votar por alguien en el próximo cónclave que esté ansioso por detener el proyecto de Francisco. Sígueme en Twitter @MassimoFaggioli

https://international.la-croix.com/news/signs-of-the-times/vatican-ii-and-synodality-a-friendly-response-to-joan-chittister/17978